



la vida religiosa de los paganos: creen que todo en ellos trae su origen de Satanás, y en semejante supuesto claro está que el paganismo no posee ninguna aptitud ó capacidad para la doctrina cristiana, lo cual está en oposicion con lo que nos enseña la historia de la propagacion del cristianismo entre los paganos. Los otros pretenden que el paganismo es un estado perfectamente conforme á la naturaleza del hombre, un grado necesario del desarrollo del espíritu humano, y que debia prepararlo y conducirlo al cristianismo, lo cual está á su vez en oposicion con el Evangelio que, mostrando en todas partes como falsa y contraria á Dios la senda seguida por los paganos, los exhorta á penitencia, á nueva vida, á despojarse del hombre antiguo y revestirse del nuevo, y á reconquistar así, por medio de su fidelidad á esta doctrina de regeneracion, su estado y su rango primitivos. Estas dos opiniones extremas resultan, entre otras cosas, de no haber separado de la expresion y de la forma populares la idea que constituye la base del mito pagano. Un juez imparcial debe, pues, reconocer á la vez en el paganismo los errores contrarios á la naturaleza de Dios y del hombre, y los rudimentos de la verdad divina que hacian al pagano capaz de recibir y comprender el cristianismo, y de ser elevado hasta la semejanza con su divino Criador. Despues de esto, podemos dar ya como reconocido lo siguiente.

El hombre caído, separado de Dios, se extravió hasta el punto de glorificar á la naturaleza y adorar á la criatura en vez del Criador (1). En esta sustitucion de la naturaleza á la divinidad, se perdió casi enteramente la idea de la *unidad de Dios*; al propio tiempo y por lo mismo se perdió tambien la idea de la *unidad* del género humano, y por todas partes se vió nacer y dominar el *politeísmo*, en relacion con las fuerzas, las influencias y los fenómenos múltiples de la naturaleza, que era lo único que el hombre comprendia. Se formó por todas partes una multitud de *cultos locales y nacionales*. Confundiéndose la divinidad con la naturaleza en la creencia de los hombres,

(1) Rom. I, 23.

perdieron éstos la idea de la espiritualidad, de la santidad, y por consiguiente de la *libertad* de Dios; y los dioses, como todas las demas cosas, fueron sometidos al poder soberano de la necesidad (*ananke, fatum*).

Poco á poco, empero, procuraron las *religiones naturales* irse emancipando de la esclavitud de la naturaleza y sustituir la forma humana á las formas naturales de la divinidad. En la Grecia fué donde por la primera vez aparecieron los dioses bajo la forma determinada y permanente del hombre, es decir, como espíritus individuales, con conciencia de sí mismos, de su libertad y de su personalidad. Respecto del hombre, tenia tambien el paganismo una idea tan falsa como de Dios. No siendo concebida la divinidad como un sér esencialmente espiritual, no podia ser más que exteriormente honrada. El sacrificio espiritual de sí mismo, el abandono de la voluntad humana á la voluntad divina, el ofrecimiento de un corazón puro, eran desconocidos para el paganismo vulgar: no tenia sacrificios más que para conservar el favor de los dioses en el porvenir, ó expresarles su alegría y reconocimiento por los beneficios pasados. Tampoco concebía ninguno de los motivos morales de las acciones humanas, por lo mismo que su Dios carecia de santidad y de libertad. Hé aquí por qué no encontramos entre los paganos ningún vestigio de santidad ó de humildad, y aún puede decirse que esta última carecia de nombre en su idioma, y que la primera estaba representada en las abominaciones de aquellos cultos públicos, tales como el de *Bel* en Babilonia, y el de *Afroditó* en Chipre y en Corinto. Las virtudes cívicas era todo lo que podía esperarse de aquellos hombres, para quienes la patria terrestre lo era todo, y que nada comprendían de su eterno destino, ni de la inmortalidad del alma, adheridos como se hallaban por su religion á las cosas transitorias de la tierra. Esto explica el por qué les parecia tan terrible la muerte, y les causaba tanto horror (1). Bajo las más variadas formas y en los tonos más diversos, éste

(1) Lasaulx, *De Mortis dominatu in veteres*. Monaci, 1835.

CAPÍTULO II

El mundo antiguo y sus relaciones con el cristianismo, del cual es preparación.

FUENTES GENERALES: San Agustín en los diez primeros libros de su profunda obra *De Civitate Dei*, lib. XXII.—Meiners, *Historia de la decadencia moral de los romanos en el primer siglo*. Leipzig, 1791.—Creuzer, *Simbolismo y Mitología de los pueblos antiguos*, 1817, 4 t.—J. Gerres, *Historia de los mitos asiáticos*. Heildel., 1810.—Stuhr, *Sistema religioso del paganismo*. Berlin, 1837.—Tholuck, *De la existencia é influencia del paganismo*.—Staudenmaier, *Enciclopedia de ciencias teológicas*. Maguncia, 1840.—Hirscher, *Moral cristiana*.—Volkmuth, *De las relaciones pedagógicas entre la antigüedad y el cristianismo (en la Revista filosófica y teológica de Bonn, entrega 25.)*

El cristianismo tiene íntimas y evidentes relaciones con el mundo antiguo y su historia. Sus acontecimientos más importantes son precisamente los que establecen los puntos de contacto entre el pasado y el porvenir del mundo, y explican el por qué, desde su aparicion, fué recibido el Evangelio con tanta alegría y entusiasmo por unos, y con tan tenaz resistencia por otros. Para poder manifestar que vino realmente á *satisfacer el deseo* de todas las naciones y dejar cumplida la esperanza universal, debemos estudiar la situacion religiosa y moral de los tiempos antiguos.

No sólo supone el cristianismo, sino que además toda historia imparcial reconoce necesariamente que al salir el hombre de las manos del Criador, se hallaba en una posición más elevada, poseía tendencias espirituales más puras, y vivía en más íntimo y más constante comercio con Dios, que despues de su caída. Nada hay más evidente que el recuerdo de la inocencia del hombre *primitivo*, conservado en las más remotas tradiciones de los pueblos y en los más antiguos poemas sobre la edad de oro del mundo. El sentimiento de nuestra culpabilidad y la conciencia de nuestras faltas personales son tambien segura prueba de esa inocencia original, cuya memoria ha conservado la historia de la humanidad culpable.

El cristianismo atribuye la pérdida de esta inocencia al pecado del primer hombre. La mayor parte de las religiones antiguas han conservado igualmente el recuerdo de aquella primera falta, que debilitó en el hombre el sentimiento de la divinidad, amenguó en él la inteligencia de las tradiciones del paraíso perdido, y oscureció á sus ojos la brillante luz de la revelacion primitiva (1). Para comprender la manera cómo se fueron desarrollando entre los paganos el sentimiento de la divinidad y la vida religiosa en general, es menester examinar y comparar las dos opuestas opiniones que sobre esto se formaron en el seno del cristianismo.

Los unos no quieren admitir nada de verdad en el conocimiento, ni nada de divino en

(1) Así resulta tambien de las investigaciones de Gerres, Schelling y Creuzer. Este último se expresa de la manera siguiente en su *Simbólico* (t. I, p. XI y XII. 2.ª edicion): «Insisto en mi idea principal, porque veo que efectivamente ella es la base de un conocimiento claro, de una adoracion pura de la divinidad, hácia la cual convergen todas las religiones, por pálidos que sean los rayos que han recibido del sol eterno.»—Los *Anales* de Hall (núm. 110, 1831) miran con justicia esta declaracion, como el verdadero punto de vista católico cuando se trata de mito; mas no sucede lo mismo cuando representa la opinion de Stuhr como el punto de vista protestante.



es siempre el lúgubre plañido de Homero (1): «Entre todos los seres que se mueven y respiran en la tierra, el más miserable es el hombre.» Semejante olvido del destino del hombre y de la inmortalidad de su naturaleza produjo la esclavitud, el cruel trato que se daba a los esclavos y el menosprecio de la vida humana, sacrificada, en los juegos de los gladiadores, a los feroces goces de la muchedumbre. Cuando el hombre sólo reconoce en el hombre una existencia temporal, no puede respetar la dignidad humana ni en sí mismo ni en sus semejantes.

A pesar de hallarse encenagado el paganismo en tan profundos errores, conservaba no obstante muchas cosas que lo llamaban y adherían a Dios, así como se conservaron siempre en la vida de ciertos paganos algunos elementos de la vida divina. En su alma no se había destruido nunca enteramente la imagen de Dios, que tan sólo se había alterado y oscurecido; la creencia en dioses múltiples probaba que el sentimiento de la Divinidad, aunque horriblemente falseado, no se había completamente desvanecido en ellos; y los restos de la revelación habían conservado entre los pueblos un resto de conciencia divina. Los elementos de esta tradición primitiva y el profundo sentido del mito, conservados sobre todo en los misterios, formaron en parte la *filosofía pagana*, cuyos divinos destellos con frecuencia nos encantan y admiran en medio de las tinieblas que por otro lado la circundan. Los sistemas filosóficos, prescindiendo de lo que positivamente contienen, debieron contribuir a formar y desarrollar el *espíritu humano*, elevándolo desde la esfera sensible, si no al mundo sobrenatural, a lo menos a la esfera de las cosas in-

(1) Homero, *Ilíadas* XVII, vers. 446 y 447.—Sófocles, *Antígona*, vers. 1011: «El destino universal del hombre es el pecar.»—Véase a Staudenmaier, *Enciclopedia* t. I, p. 283-86, 2.^a edición.

visibles. Cuanto más se iba extendiendo esta cultura del espíritu, en mayor descrédito caían los mitos, cuyas formas eran con frecuencia tan ridículas en la religión popular; resultando de aquí frecuentes acusaciones contra algunos filósofos que, principalmente en Grecia y en Roma, pagaron su incredulidad con su vida. Pero esta incredulidad se fué haciendo poco a poco general; hubo entonces un vacío inmenso en las inteligencias, una desolación indecible en los corazones, y en esta situación moral se hallaba el imperio romano cuando nació Jesucristo. Parecía que los paganos querían, en su desesperación, asirse convulsivamente, como tabla de salvación, de todos los cultos extranjeros, y se hacían iniciar en sus misterios para calmar y sofocar las angustias de su conciencia. Aún cuando los poetas romanos se burlaban en sus sátiras de estos misterios, no por esto lograban calmar la turbación de las almas; y los filósofos podían destruirlo todo, pero no eran capaces de edificar nada. En medio de esta necesidad universal surgieron una multitud de *profecías acerca de un Salvador*, que desde el Oriente se extendieron luego por todo el Occidente. Por todas partes se volvían las miradas hacia ese Salvador esperado, y los oráculos lo anunciaban y llamaban continuamente con vehemente entusiasmo.

El antiguo mundo pagano se fué, pues, desarrollando bajo el punto de vista religioso por la triple acción: 1.^o, de los *restos* oscurecidos de la *revelación*, conservados entre los pueblos; 2.^o, del *Verbo eterno* (1), que vela siempre sobre el desenvolvimiento religioso del género humano, lo excita y lo sostiene; 3.^o, del *espíritu humano*, separado de Dios y esforzándose en salir del horrible vacío en que cae siempre que se halla abandonado a sí mismo.

(1) Juan, I, 4, 5, 9, 10.

CAPÍTULO III

Religion de los pueblos más celebres del Oriente (1).

FUENTES: Windischman, *Historia de la filosofía en el desenvolvimiento de la historia universal*.—Rosenkranz, *Religion natural*, 1831.—Staudenmaier, que comprende a los dos anteriores.—Leo, *Historia universal*, t. I.

Aun cuando en la religión de los pueblos más célebres del Oriente fué donde se conservaron más y más vivos vestigios de la revelación primitiva, muy pronto se fueron todos alterando y desfigurando, y llegó un tiempo en que la astrología fué su fundamento general.

Empecemos por la China. Tian es el sér absoluto en quien todo nace y subsiste, el cual es a la vez la unidad total y el criador del mundo. En él existe la idea y el sér, y como tal se llama Tao (razón, medida, ley). Tian y Tao constituyen el eterno inmutable y la fuente de la oposición, de donde procede el movimiento ilusorio del mundo de las apariencias. Tian,

(1) A fin de poder seguir los progresos del simbolismo en la religión, y de comprender bien la diferencia entre él y la religión natural, será bueno recordar lo siguiente: «Podemos representarnos el Oriente bajo dos formas opuestas: toda el Asia Oriental inclinada al panteísmo; toda el Asia Occidental al dualismo. En la China el panteísmo es objetivo, es la fría y árida razón; en el Tibet el panteísmo se resuelve en una pura percepción del sér, y por lo tanto degenera continuamente en sensualismo. En la India este mismo panteísmo acaba por tomar las formas fantásticas de las ideas, y se confunde con todos los elementos. El dualismo, a su vez, se nos aparece en Persia como la magnífica organización de una razón poderosa; en el Asia Menor reviste las formas humanas, y se entrega resueltamente a los placeres sensuales; en Egipto, por fin, la razón se adhiere al culto salvaje de la naturaleza, al mismo tiempo que a la idea de una divinidad compasiva, como lo demuestran la muerte y la resurrección de Osiris.» Rosenkranz, p. 248.

que en el sistema chino es, propiamente hablando, la *totalidad abstracta*, el espacio vacío, la universalidad de las cosas, se manifiesta personalmente en el emperador (*Jao!*—*Jehovah!*). De su infinita majestad dependen la naturaleza y la historia; en él se encuentran unidos la materia y el espíritu, el elemento sideral y el personal. Tian es el vacío divino, y el emperador el motor y el sosten de todas las cosas, sin que sin embargo sea Dios (1). Al lado de esta idea tan falsa del sér divino, de su manifestación y de sus relaciones con el mundo, encontramos entre los chinos una reminiscencia positiva de un estado de pureza original del hombre en el *Paraiso*, de su caída, de la trasmisión del pecado y sus consecuencias, y una expectación llena de confianza de un *Salvador espiritual*, hijo del cielo, Tian visible, santo de los santos, señor, reparador y monarca, que de-

(1) Windischman, primera parte.—Enrique Schmitt, l. c. Federico Schlegel explica en estos términos el desarrollo y al mismo tiempo la decadencia de la religión de los chinos: «La primera época es la de la revelación sagrada que sirve de base a la organización política. La segunda, que empieza unos seiscientos años antes de Jesucristo, es la época de la filosofía científica. Esta última tomó dos direcciones distintas: una bajo la impulsión de Confucio, que se dedicó a la parte moral y práctica de la enseñanza; otra bajo la de Lao-tseu, que fué toda especulativa, y reproduce en algunos puntos las doctrinas de la Persia y del Egipto. La tercera época está caracterizada por la introducción del budismo.»